
*Rafael Mata Olmo,
Elia Canosa Zamora
y Ester Sáez Pombo (*)*

*Agricultura y campesinado
en América Latina. Cambios
y «reorganizaciones» recientes (**)*

Organizado por el Centre de Promotion de la Recherche Scientifique, «Réseau Amérique Latine» (GDR 26 del CNRS), con el importante y valioso apoyo del IPEALT, de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, tuvo lugar en esa ciudad, durante los días 13 y 14 de diciembre de 1990, el Coloquio Internacional *Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et récompositions*. Casi cien comunicaciones, encuadradas en cinco «talleres», fueron presentadas en las densas sesiones del encuentro, que culminaron en la tarde del 14 de diciembre con la síntesis y debate de las conclusiones de los «animadores» de las distintas ponencias. Un Coloquio bien organizado y concebido, oportuno, como indicaremos más adelante, por el momento de su celebración y por los objetivos de la convocatoria, y, en líneas generales, de alto nivel científico por la calidad de la mayor parte de las investigaciones presentadas.

(*) Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid.

(**) Crónica del Coloquio Internacional *Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et récompositions*, celebrado en Toulouse, durante los días 13 y 14 de diciembre de 1990.

Empecemos, en una crónica que en modo alguno puede ser exhaustiva, por comentar *la oportunidad del momento y de los objetivos convocantes*. Después de varias décadas de relativo crecimiento, los años ochenta han sido para el conjunto del mundo latinoamericano –señalaba el texto de presentación del Encuentro– una etapa de crisis severa, una crisis de base ciertamente económica, pero que ha trascendido a los ámbitos político y social, y que, más allá incluso del problema de la deuda externa, parece haber cerrado definitivamente los modelos de desarrollo seguidos desde la Segunda Guerra Mundial. Como es lógico, todo este proceso ha incidido profundamente en las agriculturas y en las sociedades rurales latinoamericanas, por todo lo cual parecía llegado el momento de *reflexionar acerca de las consecuencias y las respuestas de «agriculturas y campesinados» a la propia crisis* y, más aún, a las políticas de ajuste económico puestas en marcha, antes o después y con mayor o menor intensidad, en todos los países del área. Unas respuestas que afectan a cuestiones muy diversas: a las relaciones de los agricultores con la naturaleza y con sus mercados más próximos, en primer término; al lugar que como grupo social, muy numeroso y heterogéneo, ocupan en sus respectivas sociedades nacionales; y, en última instancia, a las consecuencias de su integración en el mercado internacional, resultado de unas políticas sectoriales proclives, en general, al fomento de cultivos de exportación; todo ello, como es fácil de comprender, con notable incidencia sobre las formas de organización técnica y social de la producción agraria y, especialmente, sobre las comunidades campesinas.

En ese marco se incardinan y cobran sentido los distintos «talleres» o ponencias del Coloquio: el primero dedicado al estudio del papel del Estado, a través de las políticas agrarias –y específicamente de las de cambio técnico– en las modificaciones del sector; el segundo, a la organización y comportamiento de los sistemas de abastecimiento, obviamente muy sensibles a las políticas de subvención –al consumidor y/o al agricultor– y a las mutaciones en la orientación de la producción agropecuaria (cultivos para consumo interno *versus* cultivos de exportación); un tercer taller destinado a reflexionar

sobre la internacionalización de las agriculturas y las influencias externas, fenómenos ambos estrechamente relacionados a su vez con el diseño de las respectivas estrategias nacionales y el funcionamiento de los mercados; el cuarto, en cierto modo síntesis de los restantes y, quizás por lo mismo, el que concitó mayor número de comunicantes, que abordó un tema tan amplio y con tantas implicaciones como el de las *sociedades rurales y las transformaciones agrarias*; y el quinto y último taller, que se ocupó de las reformas agrarias y los movimientos campesinos.

La síntesis de ese exhaustivo programa resulta materialmente imposible, no sólo ya por el elevado número de trabajos presentados y la limitación de espacio con la que contamos, sino sobre todo por la riqueza, la diversidad –geográfica y «disciplinar»– de las comunicaciones, el predominio de los enfoques microeconómico y empírico-descriptivo, y, en consecuencia, la variedad y hasta las contradicciones detectables, tras una lectura detenida, entre las conclusiones de algunas aportaciones. Puede, sin embargo, que precisamente en ese panorama aparentemente disperso y difícilmente generalizable residan algunas de las reflexiones conclusivas de mayor interés del Coloquio. Nos referiremos sólo a dos de ellas, antes de pasar revista al contenido concreto de las sesiones.

La primera es que cuando el *encuentro de disciplinas sobre un mismo objeto de estudio* se hace realidad, las peculiaridades de método y los inevitables sesgos temáticos conducen en ocasiones, si no a interpretaciones contrapuestas, sí al menos a conclusiones no siempre coincidentes. Y todo ello fruto más de la especificidad de las cuestiones y ámbitos preferentes de cada disciplina, que de divergencias interpretativas de fondo; esta es, al menos, la reflexión que nos sugiere el encuentro de Toulouse, donde si algo no ha faltado ha sido, justamente, «interdisciplinariedad»: antropólogos, agrónomos, etnólogos, economistas, geógrafos, politólogos y sociólogos han expuesto y discutido sus investigaciones, ciertamente con más coincidencias que discrepancias y con un loable deseo de complementariedad, pero sin menoscabo de esas «preferencias disciplinares» a las que aludíamos. Los

antropólogos y algunos sociólogos, por ejemplo, han estado más atentos al funcionamiento de las comunidades campesinas ante la nueva etapa, analizando los cambios, pero ponderando también las permanencias y la capacidad de respuesta en el seno de las comunidades ante la crisis y las políticas de ajuste; las comunicaciones de geógrafos, sensibles también, en general, a la cuestión comunitaria, han puesto especial énfasis en la dimensión ambiental de las transformaciones productivas y en las notables diferencias territoriales de estrategias, consecuencia, justamente, de los contrastes de potencial agrológico; quizás hayan sido, por su parte, las aportaciones de economistas y agrónomos, junto con las de algunos sociólogos, las que más han insistido en la entidad y características de los procesos de modernización y cambio en las orientaciones productivas y en la reorientación de los mercados y sus efectos a diversas escalas, pero casi siempre —conviene destacarlo— desde posiciones críticas, sin prescindir de las implicaciones sociales, ecológicas y políticas de tales mutaciones.

La segunda reflexión general que suscita el Coloquio de Toulouse —mas allá de la diversidad de enfoques disciplinares— es la complejidad y la riqueza de matices de las respuestas campesinas y del sector agrario en su conjunto a las nuevas circunstancias de la etapa más reciente; complejidad que quizás haya quedado realzada —exagerada, incluso— por el predominio de estudio de casos y por la escasez, en contrapartida, de interpretaciones generales a escala del conjunto del área o de cada uno de sus países integrantes; pero complejidad que parece responder también a la efectiva pluralidad de paisajes, campesinados y agricultores latinoamericanos. Han sido, por ello, relativamente numerosas las comunicaciones —especialmente de técnicos e investigadores comprometidos en programas de desarrollo rural— que han insistido en la necesidad de partir de los niveles locales de decisión y gestión, y en la oportunidad consiguiente de estudios de tales ámbitos que saquen a la luz sus peculiaridades y potencialidades, sobre las que insertar posteriormente eventuales operaciones de extensión y desarrollo agrario.

En resumen, la relativa dispersión de trabajos y de conclusiones a la que aludíamos tiene mucho que ver con la multiplicidad de espacios y formas de organización social y técnica de la agricultura, tanto más perceptible cuanto más se descende en la escala de análisis, y tanto más comprensible también cuanto más plurales son los enfoques de estudio. No conviene perder de vista, sin embargo, el papel fundamental de las políticas económicas y específicamente agrícolas sobre ese complejo mosaico, y las adaptaciones cambiantes de las entidades de base a las directrices generales. Ese era, en última instancia, el objeto central del Coloquio de Toulouse y es en esa línea en la que intentaremos un breve resumen del contenido más concreto de las sesiones.

Como es sabido, la mayor parte de los países latinoamericanos ha puesto en marcha, como consecuencia de la crisis económica de los ochenta, *políticas de ajuste estructural*, de fundamentación liberal, con el doble objetivo de estabilizar primero y reactivar posteriormente sus respectivas economías. Intervenciones principales en esa línea han sido y continúan siendo las tendentes a la reducción del gasto público, a la contención –descenso en términos reales– de los salarios y a la reducción del crédito privado, todo ello acompañado de un apoyo decidido a la exportación –coherente, por otra parte, con el relativo recorte de la demanda interna, consecuencia de la estabilización– y dirigido a la financiación de las importaciones y a la devolución de la deuda externa.

Las consecuencias específicas sobre el sector agrario están resultando, obviamente, notables, pues como recordara Jacques Chonchol en la sesión de apertura, la población activa rural alcanza en la actualidad los 40 millones y los problemas de abastecimiento y subsistencia son todavía fundamentales en muchos países del área, con políticas tradicionalmente intervencionistas por parte del Estado en materia de subvención a la producción y/o al consumo.

Buen número de comunicaciones de todos los talleres, con la excepción de algunas encuadradas en la ponencia de Reformas agrarias y movimientos campesinos, se han ocupado precisamente de las consecuencias de las políticas de ajus-

te en la agricultura, si bien desde dos perspectivas distintas: una de carácter preferentemente sectorial, interesada sobre todo por la evolución y transformaciones de la producción y los mercados a través de determinadas experiencias nacionales (México, Brasil, Chile, Costa Rica, etc.) y, en todo caso, con aportaciones relativamente generales; y otra –sin duda la que ha concitado mayor número de trabajos– orientada al estudio de estructuras productivas y de unidades o comunidades de explotación, de carácter esencialmente monográfico y particularista, y donde, por todo ello, la remisión a políticas generales no siempre ha estado presente y las conclusiones han resultado matizadamente diversas.

Puede que lo primero que convenga destacar –en ello insisten algunas comunicaciones de la primera ponencia– es que *la agricultura ha dejado de ser un sector a parte*, dotado de cierta autonomía y de políticas específicas, para pasar a soportar con igual dureza que otras ramas productivas, las directrices generales de la estabilización y el ajuste. Consecuencia de primera magnitud de esa equiparación del agro al resto de los sectores son, entre otras, la baja de los precios de producción de los cultivos de consumo interno, por reducción o supresión de subvenciones, la reorientación del crédito y la inversión, con un apoyo decidido y polarizado a las explotaciones más dinámicas y orientadas al mercado externo, y el paralelo desarrollo de medidas incentivadoras de la exportación agropecuaria.

Pese a que, lógicamente, las previsiones del modelo teórico auguraban un futuro positivo y beneficioso, no sólo ya para la agricultura, sino para la economía del área en su conjunto, la experiencia de la última década matiza o, en muchos casos, contradice expectativas tan favorables. Ciertamente el PIB agrícola de los países latinoamericanos en los ochenta ha crecido, pero con frecuencia por debajo de las tasas de crecimiento demográfico y, es más, con una dinámica claramente diferenciada según subsectores productivos. La evolución parece haber sido de alza moderada, aunque regular, en la producción animal, resultado de la urbanización y de los cambiantes patrones alimentarios, impulsando la difusión de cultivos forrajeros –en perjuicio de los tradicionales de con-

sumo— y hasta la importación de los mismos; más errática ha resultado la trayectoria de los cultivos tradicionales de exportación —café, caña de azúcar, cacao, banano, etc.—, que, pese a políticas devaluatorias bastante generalizadas, han chocado con un contexto internacional poco favorable. Intenso y generalizado, por el contrario, sin perjuicio de estrategias específicas de comunidades campesinas que mencionaremos más tarde, ha sido *el descenso de los cultivos de consumo* —especialmente del maíz y los frijoles—, por falta de políticas coherentes y continuadas de apoyo y mejora de la producción, y el incentivo, en contrapartida, a otras especulaciones más acordes con el principio de las «ventajas comparativas» que inspira las medidas de transformación estructural de la agricultura en estos años; numerosas han sido las aportaciones que se han ocupado de esta cuestión central, tanto desde una perspectiva sectorial, valorando y criticando las consecuencias macroeconómicas de la situación —recurso a la exportación de granos y desequilibrio negativo de la balanza agroalimentaria—, como desde el ángulo de las comunidades campesinas, destacando entonces los problemas de abastecimiento y estabilidad de las más frágiles y las más pobres.

El contrapunto lo ofrece, como es lógico, el *fuerte incremento de los cultivos no tradicionales de exportación* (frutas y hortalizas extratempranos, flores, plantas ornamentales, etc.), propiciado por la modificación en muchos países de las tasas de cambio y de los incentivos fiscales, y sustentado frecuentemente también en la *penetración del capital extranjero en la esfera productiva y/o mercantil*, de modo que la internacionalización de la agricultura, en esa doble vertiente de orientación preferente al mercado exterior y de colonización por empresas extranjeras, ha llegado a ser uno de los rasgos más sobresalientes —y más reiterado en el Coloquio— de la agricultura latinoamericana en la última década. Probablemente el escaso tiempo transcurrido no permita todavía hacer balance de lo ocurrido, pero al menos en los casos chileno, mexicano, costarricense o ecuatoriano —por citar sólo los que han merecido comunicaciones específicas— algunas consecuencias, de distinto signo, son ya medibles. Detrás, por ejemplo, del denominado por un comunicante «milagro chi-

leno» se esconde la profunda transformación de su sector frutícola, controlado en buena medida por capitales norteamericanos y volcado también al mercado estadounidense; las cifras espectaculares de crecimiento de la producción y la competitividad no deben obviar, sin embargo, como han señalado algunos trabajos, la pauperización del campesinado minifundista ajeno por limitaciones estructurales o agrológicas a la agricultura de exportación, los perjuicios para los exportadores nacionales y, en general, las imprevisibles consecuencias del oligopolio productivo y mercantil ejercido por un reducido número de empresas transnacionales. Algún ejemplo sobre México (valle del río Balsas) ha puesto de manifiesto de forma elocuente cómo la pobreza extrema de determinados ejidos y la falta o discontinuidad de políticas de apoyo son caldo de cultivo para la penetración del capital extranjero (norteamericano esencialmente) y la industrialización e internacionalización de la producción, que utiliza todos los recursos humanos y materiales que el propio ejido pone a su disposición, llegando incluso al alquiler de las tierras —prohibido en puridad legal—, mediante los eufemísticamente denominados «acuerdos de participación social». La mejora de las condiciones de vida de los ejidatarios muy pobres, resultado de la penetración en esta y en otras zonas de multinacionales agroalimentarias, no ocultan, sin embargo, los problemas ecológicos y los profundos desequilibrios regionales que las polarizadas actuaciones de estas compañías están provocando. En todo caso, faltan todavía, como señalaron Arce y Both, «estudios desde abajo», de la localidad hacia arriba para conocer y evaluar de manera adecuada el impacto de esta reciente «internacionalización» del agro.

Pero frente a la perspectiva sectorial y hasta cierto punto generalizadora hasta aquí comentada, el grueso de las comunicaciones ha girado en torno al comportamiento y dinámica recientes de las «estructuras productivas» y de las comunidades campesinas en relación más o menos estrecha con la crisis y las políticas de ajuste, prestándose escasa atención —cosa que hasta cierto punto sorprende— a las estrategias de las grandes explotaciones (latifundios, estancias, haciendas, grandes empresas de exportación, etc.). La variedad geográ-

fica y la diversidad de conclusiones hacen muy difícil una síntesis integradora de cuantos casos se han expuesto; intentaremos destacar, sin embargo, los aspectos que nos han parecido más relevantes.

Son varios los trabajos, en especial de la primera y tercera ponencias, que insisten en la *vulnerabilidad de las pequeñas explotaciones y de las comunidades campesinas*, en general, ante las políticas de ajuste, consecuencia, sobre todo, de la reducción de fondos públicos y créditos privados, de la constitución de oligopolios productivos en las zonas más dinámicas y de las dificultades para beneficiarse de los incentivos a las políticas de exportación. Sin embargo, no puede decirse que el tono general de las comunicaciones haya sido el del hermetismo o la desaparición, ni siquiera el de la supervivencia de las comunidades frente a la crisis, sino más bien el de la alta capacidad de respuesta y adaptación a las nuevas circunstancias. Es verdad que buen número de casos estudiados permiten explicar en parte reacciones «tan positivas» por proximidad a los mercados metropolitanos, por accesibilidad favorable o, incluso, por notable potencial agrológico; pero también es cierto que, al menos cuando se dan tales circunstancias, las explotaciones campesinas reaccionan con más intensidad y rapidez que lo que determinadas interpretaciones «ortodoxas» hubieran previsto.

Claro está, la pregunta que inmediatamente asalta al interesado en la cuestión comunitaria es de qué envergadura están siendo las mutaciones en los terrenos técnico y social, y en qué medida están modificando o poniendo en contradicción incluso los principios medulares de la comunidad. El encuentro de Toulouse no parece ofrecer, desde nuestro punto de vista, una respuesta unilineal a tema tan candente; la reiterada diversidad geográfica y de escalas, pero en ocasiones también de presupuestos ideológicos, pueden ayudar a entender ese panorama ciertamente plural; no quedan dudas en todo caso, a la luz del contenido de las comunicaciones y de lo expuesto en los debates, sobre el importante impacto del denominado «paquete tecnológico» (nuevas semillas, abonos, tratamientos fitoparasitarios, energía mecánica, etc.); la creciente integración en el mercado, la presión demográfi-

ca sobre la tierra –agudizada en los años de crisis por el colapso o la reducción de las migraciones campo– ciudad, la difusión del sistema educativo y de los medios de comunicación –de la televisión especialmente– parecen estar alterando en profundidad las formas y las técnicas tradicionales de relación entre las comunidades –de algunas, al menos– y la naturaleza, y no tanto porque el objetivo que en principio orienta la actividad campesina –la reproducción simple– haya sido suplantado por otro distinto, sino porque tal reproducción debe hacer frente en los últimos tiempos a más y a «nuevas» necesidades, fruto del «desequilibrio» demográfico de las unidades domésticas, por una parte, y de presiones externas al consumo, por otra.

Lo interesante es que, ante este panorama, determinados rasgos y estrategias tradicionalmente comunitarios no han desaparecido, sino que se han visto reforzados incluso, aunque –creemos– con objetivos distintos. La mercantilización y monetarización de la economía no ha impedido el mantenimiento parcial de los cultivos de consumo (maíz, frijoles, papas, etc.) –se ha expuesto, incluso, algún caso de reforzamiento ante la crisis–, para asegurar el abasto doméstico y para especular también con los excedentes a tenor de las coyunturas de los mercados locales y de las grandes concentraciones urbanas próximas; ello, sin embargo, ha supuesto, en algunos ejemplos analizados, la intensificación mediante aportes energéticos no renovables, que alteran sustancialmente las técnicas productivas tradicionales y las relaciones de la comunidad con la naturaleza. La creciente presión sobre la tierra ha acarreado asimismo conflictos en torno a la propiedad comunal e iniciativas de deforestación y roturación, de graves consecuencias en el equilibrio de las vertientes de determinadas zonas andinas estudiadas, pero al mismo tiempo otras comunidades han comprendido la necesidad de respetar y defender la propiedad colectiva, no tanto –o no sólo– como pieza fundamental de las relaciones comunitarias, sino como garantía patrimonial para la obtención de créditos destinados a la modernización e intensificación productivas (el cambio de óptica es sustancial), difícilmente accesibles al campesino individual. Se han ofrecido también ejem-

plos de la «funcionalidad» de las contraprestaciones de trabajo entre unidades domésticas y de la «ayuda mutua» para hacer frente a los retos externos del mercado. Se trata, como puede verse, de comportamientos y valores inherentes al modo de vida y a la ética comunitarias, sólo que al servicio ahora de las relaciones con el exterior.

Junto a este tipo de comunicaciones –las más numerosas– no han faltado en Toulouse aportaciones de carácter «alternativo», encuadradas preferentemente en el taller IV (Sociedades rurales) y en el V sobre Reformas agrarias y movimientos campesinos; queremos terminar esta apretada síntesis con una referencia breve a tales trabajos y a la citada ponencia sobre reformas agrarias.

Empezando por esta última, llama la atención –y de ello se han hecho eco al menos un par de comunicaciones– el menor interés suscitado durante la pasada década por el problema de la propiedad de la tierra y de la reforma agraria, en contraste con lo ocurrido, por ejemplo, en los años sesenta y setenta. De hecho la ponencia dedicada a esta cuestión ha contado con menos aportaciones de las que quizás hubiera cabido esperar y, es más, la mayor parte de las presentadas han girado en torno a pocos casos –el peruano (un proceso interesante de privatización y de desintegración de la estructura cooperativa propiciada por la reforma de los sesenta), el movimiento de los sin tierra brasileño y el de la reforma sandinista–, y han sido abordadas con frecuencia desde ópticas –la etnológica y la antropológica– matizadamente distintas a las habituales en este terreno (económica, sociológica o política). La reciente experiencia peruana ha suscitado un debate que quizás hubiera resultado impensable en tiempos de «mayor ortodoxia»: nos referimos a las disyuntivas entre propiedad colectiva y propiedad individual, gran propiedad y pequeña propiedad, y explotación comunitaria y explotación individual. Por su parte, la burocratización de los procesos reformistas y los problemas ecológicos derivados de tales iniciativas y de operaciones de colonización en marcha o en proyecto (varias y de distinto signo han sido las alusiones al frente pionero amazónico) han inspirado una serie de trabajos, fuertemente críticos y «alternativos» –como decíamos–,

referidos tanto a los nuevos objetivos de la Reforma agraria, como a la redefinición de las estrategias de las organizaciones y movimientos campesinos en relación con la tierra: junto a los clásicos argumentos sociales, económicos y políticos, la Reforma ha de considerar también la dimensión ecológica, una dimensión sólo incorporable a los movimientos reformistas –se ha dicho– arrancando de la base, de la localidad, en definitiva, de las comunidades campesinas, única garantía en opinión de algunos comunicantes del mantenimiento del equilibrio de los ecosistemas agrarios.

Y la postulación de tales ingredientes comunitario y ecológico parece conectar, a juicio de más de un interviniente, con el nuevo rumbo que adquieren los movimientos campesinos por la tierra, movimientos –se ha dicho– cada vez más alejados de los pronunciamientos tradicionales de los partidos de izquierda, y más atentos, por el contrario, a los elementos étnico y cultural como factores de cohesión; desde una perspectiva etnológica, reivindicativa de la autonomía en la gestión y de la participación comunitaria, ha llegado incluso a formularse para áreas de indigenismo andinas la sustitución del binomio clásico campesino-tierra por el de grupo étnico-territorio. Como se comprenderá fácilmente, las discrepancias en torno a planteamientos de esta naturaleza han sido frecuentes, pues frente a experiencias y posiciones como las comentadas en último término, el grueso de las aportaciones del Coloquio ha ido –hemos intentado reflejarlo en estas páginas– en una línea distinta.

Para terminar, una reflexión que, sin pretender soslayar el debate abierto en Toulouse, comparten diversas comunicaciones y que se expresó asimismo en las conclusiones de algunos talleres: nos referimos a la *especificidad del sector agrario en el contexto de las políticas de ajuste* y a la necesidad consiguiente de que aquél sea tratado atendiendo a su extraordinario significado social y económico en la mayor parte de los países latinoamericanos. La mejora de la producción y de la productividad no podrán ser los únicos objetivos de la política agrícola: el equilibrio demográfico entre campo y ciudad, la garantía y mejora del abasto agroalimentario, la protección de la naturaleza, la distribución de la riqueza y la

renta nacional y, en última instancia, la paz social son ingredientes ineludibles de tales políticas. Hay ya ejemplos de países que han desatendido últimamente esos aspectos y que han asistido a un deterioro de los indicadores sociales, pese a que los indicadores económicos al uso (productividad y producto bruto por habitante) muestran una clara tendencia de crecimiento.

RESUMEN

Estas páginas contienen un apretado resumen de algunas de las cuestiones y debates suscitados en el Coloquio Internacional Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et récompositions, celebrado en Toulouse, durante los días 13 y 14 de diciembre de 1990. La pluridisciplinariedad y el predominio de estudios de casos permiten disponer de un panorama rico y variado de comportamientos y respuestas de la agricultura, y especialmente del campesinado, ante las políticas de ajuste puestas en marcha por la mayor parte de los países del área, en respuesta a la crisis económica de los ochenta.

RÉSUMÉ

Ces pages contiennent un résumé serré de certaines de questions et des débats soulevés au cours du Colloque International, Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et récompositions, qui s'est déroulé à Toulouse du 13 au 14 décembre 1990. La multiplicité des domaines traités et la prééminence d'études de cas permettent de disposer d'un panorama riche et varié des comportements et des réponses de l'agriculture, notamment du paysannat, en ce qui concerne les politiques d'ajustement mises en fonctionnement dans la plupart des pays de la zone afin de pallier la crise économique des années 80.

SUMMARY

This paper contains a concise summary of some of the issues and discussions arising from the International Colloquium Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et récompositions held in Toulouse on 13-14th december 1990. The multi-disciplinary nature of the contributions and the predominance of case studies provided a rich and varied overview of the behaviour and reactions from agriculture, particularly the farming community, to the adjustment policies adopted in most of the countries in the area as a response to the economic crisis of the eighties.
